

NOTAS DE CAMPO

SALAM ALEYKUM DESDE REPÚBLICA CHECA

SHREYA BHARDWAJ*¹

* Doctoranda en Sociología, Charles University (Praga)
Correo electrónico: shreyabhardwajcontact@gmail.com

Conocí a Maryam en mi residencia de estudiantes en octubre de 2018. En ese entonces, ella era una escurridiza estudiante de medicina a la cual sólo lograba ver fugazmente cuando dejaba el dormitorio para ir a la facultad o al regresar por las noches de la biblioteca. Apenas pude hablar con ella cuatro veces durante el año. A partir de esas escasas conversaciones, supe que era iraní y que *“no tenía tiempo suficiente para una vida social debido a sus estudios”*. Ambas habíamos arribado desde países lejanos y, compartir esa experiencia, generó cierta afinidad entre nosotras. Durante los pocos minutos que duraban nuestros encuentros, le preguntaba sobre su salud y estado de ánimo; mientras, ella intentaba desahogar sus frustraciones académicas. Hablaba animadamente sobre su día al compás del movimiento de sus grandes ojos marrones con su negro, espeso y rizado cabello enmarcando su rostro. Cabellera que tendría que cubrir si se encontrase en Irán.

Por un tiempo nos ceñimos a estos intercambios de cortesía, pero las circunstancias cambiaron al finalizar el año académico. En agosto de 2018, los padres de Maryam le comunicaron que debido al clima de agitación política en Irán no podrían continuar apoyando sus estudios universitarios. Ella ya había rendido todos los exámenes correspondientes al primer año de medicina. En lugar de indicarle que regresara, le sugirieron buscar algún trabajo que le permitiese conseguir el dinero necesario para reanudar el segundo año académico. La hermana más joven de Maryam compartía con ella pormenores que sus padres no le transmitían. Así fue como se enteró que habían estado trabajando horas extras para poder ayudarla a la distancia. Esto impulsó a Maryam a retomar su empleo como mesera en República Checa.

Aunque su situación no era la mejor, comencé a verla cada vez más seguido tanto en el dormitorio como en la cocina o en los pasillos conversando con otras personas. Relataba sus historias con tanto entusiasmo que podía escucharla desde el otro lado del corredor. Hablaba sobre comida, películas, programas de televisión, entre otros temas. Podía percibirse que con sus 20 años disfrutaba de compartir una cocina ocupada por seis o siete personas, con quienes conversaba en inglés, con un acento que había aprendido de las películas estadounidenses.

¹ Traducción del inglés de Mayra Valcarcel (IIIEGE, FFyL-UBA) y Maximiliano Albornoz Torres (ICA-FFyL-UBA)

El 2 de noviembre de 2019, por primera vez, le propuse visitar las tres *masāyid*² ubicadas en la ciudad de Praga. Pensé, con cierto escepticismo, que podría encontrar participantes para mi proyecto de investigación. No obstante, también me interesaba saber cómo se vería una mezquita europea. En India, donde crecí, la religión es omnipresente. Allí, la huella del secularismo adoptado por la constitución implica una exhibición o representación relativamente equitativa de todas las religiones. Así fue como pasé, por ejemplo, buena parte de mi infancia despertando con el sonido del *adhan*³ proveniente de una mezquita contigua. Mezquitas, templos, iglesias, *gurdwaras*⁴ y otras arquitecturas religiosas se mezclan entre sí en el espacio geográfico y social. Habiendo recorrido algunos países europeos, sin embargo, todavía no había logrado ver una sola mezquita. Ésta sería la primera vez.

² Nota de los traductores: Masjid vocablo árabe que designa el lugar de culto o mezquita. *Masāyid* en plural. A lo largo del texto se mantendrán las referencias en itálicas en farsi o árabe tal como se encuentran en el texto original.

³ Nota de los traductores: Llamado a la oración islámica. Recitada por el muecín, generalmente, desde el minarete de la mezquita.

⁴ Nota de los traductores: Templo del sijismo.

Centro islámico

Decidimos encontrarnos con Maryam a las tres de la tarde, hora en que ella terminaba su turno de trabajo en un restaurante situado en el centro de Praga y a unos cinco minutos de caminata del Centro Islámico. En un principio, lo consideré un centro educativo y, recién luego de mi visita, como una mezquita. ¿Se trataría de un intento de esta comunidad por disimular el “aspecto religioso” para no llamar tanto la atención? Estaría por descubrirlo.

Tomamos una callejuela estrecha que serpenteaba entre tiendas y edificios de estilo barroco y desembocaba en un camino empedrado que se bifurcaba en dos direcciones. Miramos a nuestro alrededor; buscando una pista, una placa o un cartel indicativo del Centro Islámico. Pero fue inútil. La aplicación *Google maps* seguía dirigiéndonos a un establecimiento bastante deteriorado. Un edificio de tres pisos con un anuncio de un salón para “golf y juegos”; echando un vistazo al interior, encontramos carteles de un estudio de tatuajes. “*No hay forma de que el Centro Islámico esté aquí*” dijo Maryam, poniendo en palabras mis pensamientos. Miramos alrededor por un rato. Regresamos. Vacilante, le pregunté a un hombre corpulento con barba sobre el Centro Islámico. Nos dirigió, sonriente, a una escalera que conducía al sótano del mismo edificio. Nuestro asombro fue evidente, pero intentamos disimularlo detrás de nuestras sonrisas.

El final de la escalera, revestida con algunas telarañas, desembocaba en una sala alfombrada. A la derecha, una entrada con dos estantes perpendiculares que formaban una barrera. Nos alcanzó una ráfaga proveniente de los zapatos y medias que descansaban sobre los estantes. Un hombre alto vestido con chaqueta y jeans emergió detrás de las cortinas e indagó sobre nuestra presencia. Contestamos, al unísono, que sólo estábamos conociendo. Nos preguntó si éramos musulmanas. Respondí negativamente y, para mi sorpresa, Maryam también. Aunque sabía, a través de nuestras conversaciones, que ella no se denominaba así misma como musulmana, sino que, en cambio, suponía que lo era “por ley” (imposición/costumbre); pensaba que cedería a esa identidad al confrontarse con una “figura de autoridad”, como pronto podría ocurrirle al regresar a Irán.

El hombre nos mostró la sala de oración femenina, escondida detrás de unas cortinas marrones de seda. Al poco tiempo, mientras seguía de pie tratando de orientarme en el lugar, un joven de unos 25 años entró y nos preguntó dónde podría realizar el *wudu*⁵. Previamente había observado un recinto con grifos de agua, así que le indiqué que se dirigiese hacia la habitación ubicada justo en frente de la puerta principal. Viviendo en India en varias oportunidades escuché la palabra “wazuh” que seguramente oí mal y nunca clarifiqué su correcta pronunciación, sin embargo, esto me permitió entender la solicitud del joven sin inconvenientes.

En la entrada, sobre las estanterías, podían observarse carteles con los horarios de rezo escritos en árabe. Maryam tenía dificultades para entender las palabras porque, aunque estaba familiarizada con la escritura o transcripción, no manejaba muy bien el idioma. Nos descalzamos y entramos. Casi en un acto reflejo, recordé que debíamos cubrirnos la cabeza. Anteriormente, cuando nos encontramos con Maryam a la salida de su trabajo, le pregunté si había traído un pañuelo. Con sorpresa y algo de preocupación me respondió que prefería reconocerse como “extranjera” (turista). Debido a su experiencia en la embajada iraní en República Checa sabía que las extranjeras no estaban obligadas a llevar velo dentro de sus instalaciones. En ese instante, el hombre regresó con un *hiyab* blanco para Maryam y nos mostró el área de mujeres. Maryam deslizó el *hiyab* de seda blanca sobre su suéter, cubriendo su cabeza y sus orejas. “*Se siente como si estuviera de vuelta en Irán*” exclamó con aparente incomodidad.

Ingresamos al área femenina, salpicada con prendas de vestir, bolsos y pañuelos. Poseía un aroma diferente: floral y sutil. Comenzamos a recorrer el espacio y tan pronto como Maryam intentó echar un vistazo al sector masculino, un hombre mayor vestido con *kurta*⁶ y *kufi*⁷ le pidió que regresara y corrió la cortina; eclipsando la única abertura que aún quedaba libre. En ese momento, tuve pensamientos o sentimientos encontrados: 1) estábamos confinadas, 2) pero teníamos privacidad. La primera reflexión surgía de mi propia experiencia formándome a través de principios y postulados feministas. De repente una incomodidad que habitaba mi *self*; sin querer escapar específicamente en ese momento, pero objetando aquella impotencia aprehendida. El segundo pensamiento emergió del increíble privilegio de poder entrar y salir de tal recinto sin limitaciones. Descalza comencé a caminar por la habitación, mientras Maryam me seguía de cerca.

“¿Cómo sabemos en qué dirección tenemos que rezar?” le pregunté. A través de la traslúcida cortina vimos a un joven y Maryam finalmente pudo confirmar la dirección. Supusimos que el diseño de la alfombra sugería la orientación ya que no habíamos observado ninguna marca indicativa⁸ que, según Maryam, poseen tradicionalmente otras mezquitas. Estábamos sentadas sobre el suelo. Fuera, un hombre hablando por teléfono. Como el sonido era nuestra única señal, nos dimos cuenta debido al dramático intercambio de palabras en árabe que escuchábamos - similar a un programa de TV - que de pronto comenzó a mirar algún video en su teléfono. Repetí mi pregunta. Maryam, casi susurrando, empezó a recitar meticulosamente las primeras frases de la oración; traduciendo del árabe al inglés a medida que avanzaba. “¿Qué hay de los gestos? ¿Cómo lo hacés?”

⁵ Nota de los traductores: Ablución o lavado ritual previo al *salat*.

⁶ Nota de los traductores: Vocablo empleado en persa, urdu e hindi para identificar camisas de uso tradicional. Prendas sueltas, que llegan generalmente a la rodilla y con cuello redondo.

⁷ Nota de los traductores: Gorro que cubre la cabeza, similar en formato a la *kipá*.

⁸ Nota de los traductores: Suponemos la autora refiere al *mihrab* (nicho) que indica *alquibla* (orientación a la Meca).

Llegado este punto, Maryam indicó que me pusiera de pie. Revisó mi postura y comencé a imitarla. Observó que un mechón de mi cabello caía por mi frente y señaló “*esto no está permitido*”. Luego, me reacomodó el pañuelo; metiéndome el pelo con fuerza hacia su interior y tapándome las orejas que yo creía podían quedar descubiertas. Dicha interpretación remitía a mi experiencia visitando *gurudwaras* en la India, donde las mujeres deben cubrirse la cabeza, pero no necesariamente las orejas. Maryam me daba sus indicaciones como si fuesen suspiros. Intermitentemente, mientras el ruido exterior cedía, le pedía que hablara más alto.

Después de arreglar mi *hiyab*, Maryam se acercó al perchero en donde creía colgaban algunos pañuelos. Buscaba reemplazar el que llevaba puesto por alguno mejor. Descolgó varios y los revisó. “*Esto no es un chador*”. Era la primera vez que la escuchaba emplear ese término, pero sonaba muy familiar. En hindi, mi lengua materna, había oído la palabra “chadar” que refiere a un chal o chalina. Insatisfecha con las opciones, se conformó con el chador que tenía. Chequeó mi apariencia una vez más y comentó que mi pañuelo debería estar aún más sujeto y que mi camisa era demasiado corta. Ligeramente desconcertada por este inevitable examen sobre mi apariencia, le pregunté “¿qué sucede con los hombres?” “No tienen que cubrir nada” me respondió. “¿Nada?” repregunté después de recordar haber visto en la India a los hombres llevar una suerte de gorro en sus cabezas cuando iban a la mezquita. “No, nada. Los hombres no deben hacer nada en particular. Para rezar, sólo las mujeres deben cubrirse”.

Asumimos la posición de oración y alineamos nuestros pies sobre las marcas de la alfombra. Maryam me explicó las diferencias entre las dos principales vertientes del islam: mientras los sunnitas cruzan sus manos al rezar, los chiitas no lo hacen. Recordó, por cierto, cuando en la escuela su maestra la corrigió por juntar sus manos por error al rezar. Maryam empezó a recitar, en voz muy baja, las *suras*⁹ del Corán. Sus oraciones eran interrumpidas por el teléfono de aquel hombre mayor. Me explicó *sajdah*¹⁰, las repeticiones de las *aleyas*¹¹ y las posturas. Aunque no fue del todo clara respecto al orden en que debía hacerlo y recitar.

Era consciente de lo insistente que estaba siendo al pedirle que me explicase todo el proceso ritual. Hace poco se lo confesé. A través de los eventos de ese atardecer, la hice volver a ciertas prácticas de las cuales ella había escapado al partir de Irán. A través de mis preguntas, se vio interpelada o demandada a tener que volver a asumir una identidad de la cual hacía tiempo comenzó a despojarse. Pero asumí que mi curiosidad cuasi infantil compensaría la intensidad de mi indagación. Finalmente, así resultó y ella se mostraba entusiasmada con la idea de que estuviese interesada en un tópico en el que ella tenía algo para ofrecerme. Una vez que Maryam describió la forma en cómo hacer *namaz*¹², nos fuimos. Había planeado hacer una recorrida por las tres mezquitas de Praga. Sin embargo, el sol ya había caído y concretarlo parecía poco factible.

⁹ Nota de los traductores: Azoras o capítulos en los que se estructura el libro sagrado.

¹⁰ Nota de los traductores: *Sujūd* o prosternaciones del ciclo ritual que constituye la oración islámica.

¹¹ Nota de los traductores: Versículos o líneas que componen cada sura del Corán.

¹² Nota de los traductores: *Salat* u oración en farsi.

Al-firdaus¹³

Yendo hacia Praga 8-Liben, vi caer detrás de las colinas desde el tranvía nro. 1 los últimos atisbos de la luz del día. Como no europeas, noviembre parecía un mes más que interesante para replantear la revisión de nuestras rutinas. Mientras el sol se pone a las 17:30hs, el frío se afana en poner a la vida en un parate, aunque una pueda siempre ver la clara evidencia de actividad a través de las ventanas de los cuartos tan bien iluminados. En ese preciso instante, a través de una de esas ventanas, pude ver una animada reunión dentro de lo que en otro momento sería una *masjid* tranquila. Al-firdaus es quintaesencialmente europea en lo que respecta a su arquitectura: un estacionamiento con patio al frente, paredes de apacibles colores marrones y beige, y una buhardilla en la parte superior para coronar los detalles. Hay allí dos puertas, la primera de ellas da a una tambaleante escalera ascendente, mientras que la otra se dirige hacia unos escalones descendentes de concreto. Bajamos por la escalera de concreto. Maryam entró como pancha por su casa¹⁴. Exudaba confianza, la cual nacía de una sensación de familiaridad con un lugar como este. Este era su territorio. Ella sabía cómo funcionaba.

Ni bien dimos un paso dentro, nos calzamos los patines y dejamos nuestros zapatos junto a otro montón de pares esparcidos por doquier. Desde el lugar donde nos encontrábamos, podíamos ver que el pasillo se bifurca hacia una escalera donde parecía encontrarse toda esa gente sentada que habíamos visto a través de la ventana, y hacia otro pasillo donde se encontraba lo que parecía un área para que los niños jueguen, junto con una despensa y un depósito. Habiendo acomodado nuestros zapatos, recorrimos en línea recta todo este primer piso. Maryam echó un vistazo en un cuarto hacia nuestra derecha, y divisó a un grupo de mujeres. Yo quería que Maryam tome la iniciativa de presentarnos. Mi decisión estaba informada por la asunción de que ella sabría cómo manejarse en una situación como esta, que era nueva para mí. ¿Podríamos acaso interrumpirlas mientras ellas se encontraban charlando? Aparentemente sí.

Entramos en la habitación alfombrada, a una reunión mucho más animada de lo que me había imaginado. Algunos niños y niñas menores de diez años jugaban en una parte del salón, mientras que las mujeres se encontraban sentadas alrededor de una mesa repleta de comida con brownies, ensaladas, bebidas y chocolates. Maryam les pidió permiso para sumarnos a ellas, y me dio el pie para que nos presentemos. Ni bien estaba haciéndolo, fui interrumpida por un alegre “¡hola!”. En medio del nerviosismo no tuve tiempo de tomar dimensión de mi sorpresa, ya que toda esta algarabía provenía de Saba, una mujer siria con quien había conversado previamente este mismo año en marzo, en plan de que sus hijas podían ser potenciales participantes de mi investigación. Tales hijas, sin embargo, no pudieron formar parte de la misma ya que se habían mudado recientemente hacia otra ciudad de República Checa, y se encontraban bastante ocupadas con sus estudios.

Prontamente nos ofrecieron dos sillas. Pasó todo tan rápido que casi no pude darme cuenta de todo el movimiento que tuvieron que hacer para dejarnos lugar a nosotras dos. Entonces volví a presentarme, y Maryam por su parte

¹³ Nota de los traductores: Paraíso. El nivel o jardín más elevado del paraíso.

¹⁴ Nota de los traductores: en el idioma original la autora alude a la acción de su interlocutora como “without a bother and a knock”. Nos decidimos por el uso coloquial del refrán en español para dar cuenta de la naturalidad con la que se describen los hechos en la crónica.

hizo lo mismo también. Quedaron todas boquiabiertas cuando supieron que Maryam provenía de Irán. Exclamaciones de “¡Mashallah!”¹⁵ resonaron por toda la habitación. Amreen, una mujer de mediana edad de quien luego sabría era originaria de Somalia, nos comentó que se encontraban leyendo el *Qu’ran*¹⁶ en árabe, y simultáneamente lo traducían al inglés para quienes no podían entenderlo. Tan pronto como fueron interrumpidas por nosotras, volvieron a sus menesteres. Los niños y las niñas mientras tanto seguían jugueteando entre el área de juegos y el área de discusión, sin que nadie les dijera nada y en completa libertad en ese sentido. Mientras tanto, una mujer mayor a mi derecha comenzó a hacer circular una caja con brownies. Como corresponde en estos casos, acepté uno.

En ese momento la discusión sobre el *Qu’ran* se centró en torno a las responsabilidades que los individuos tienen al vivir en sociedad. La idea principal tenía que ver con la responsabilidad que algunos tienen de seguir carreras cívicas como ser médicos, en orden de poder ayudar a los demás. Al hacer eso, dan rienda suelta a los demás para dedicarse a otras cosas, y así el conjunto mayoritario de la sociedad no se resiente. Este tópico en cuestión tenía perfecto sentido para mí, y vi puntos de comparación con la preservación del medioambiente, en donde las acciones de algunos pocos repercuten en el cuidado del ambiente para una amplia mayoría, más también para toda la humanidad. Traje a colación esta comparación y se las compartí tan solo para asegurarme que me encontraba entendiendo correctamente los significados detrás de la narrativa. En retrospectiva puedo decir que se trató de un ejemplo bastante oportuno, sin polémicas, e incluso uno que tiene la capacidad de mancomunar a la gente incontrovertiblemente.

Como una persona atea, me parecía egoísta y me molestaba de sobremanera constatar cómo todos los preceptos religiosos están destinados a guiarnos hacia Dios y el paraíso. Desde ya que no le hacen daño a nadie, al fin y al cabo la gente se encuentra realizando buenas acciones. Aunque deba reconocer que mi relación con la religión siempre fue de todo menos satisfactoria, tampoco puedo ignorar que las vidas religiosas están orientadas por el miedo y la avidez. Este enfoque parece estar en clara contradicción con el ethos religioso, o al menos con el ethos religioso tal como yo entendía que debía ser, pero era muy pronto para tener una discusión sobre estos aspectos con mis compañeras del momento.

En cierto momento, uno de los niños se puso de pie, y acercándose al altar principal comenzó a rezar. Una de las mujeres nos llamó la atención de todas sobre lo que estaba ocurriendo. Estas reuniones de adultas eran un ejercicio para inculcar los valores religiosos en los párvulos a una temprana edad. En cuestión de segundos, las voces de todas las mujeres allí presentes fueron silenciadas por un muchachito de unos 7 u 8 años de edad. En ese instante caí en la cuenta que tanto mujeres como hombres ocupan distintos espacios en una sociedad. ¿Cuán diferente hubiera sido si una niña hubiera sido quien estuviera en ese lugar? No me puedo imaginar que se hubiera desenvuelto de manera muy distinta, sobre todo porque como dije más arriba, estos encuentros parecen ser una forma de transmitir los valores de la religión a los niños y niñas para que luego ellos y ellas puedan llevarlos a la práctica. Pero, antes que nada, ¿hubiera una niña comenzado a rezar de esta manera por su propia cuenta?

¹⁵ Nota de los traductores: “La voluntad de Allah”, “Allah lo ha querido”. Se emplea para felicitar o mostrar admiración por otra persona o situación; señalando que es por la voluntad de Allah o invocando su protección.

¹⁶ Nota de los traductores: El Corán en árabe.

Cuando el encuentro estaba llegando a su final, unas pocas mujeres incluyendo a Saba y Amreen se pusieron de pie y fueron a rezar un *namaz*¹⁷ dirigido por un hombre barbudo vistiendo una *taqiyah*¹⁸/*topi* mientras que otras mujeres también del grupo de debate se quedaron detrás. Si pudiéramos ver la escena de lejos, parecería bastante extravagante y fragmentada: algunas de las mujeres permanecían a un lado, los niños y niñas iban y venían por doquier, mientras que más aquí quedamos solas Maryam y yo. Justo en frente de nosotras percibí que dos de las mujeres no se movieron de su asiento en absoluto, y le consulté a Maryam si ellas no se unirían a la oración, a lo que me respondió que muy probablemente se encontrarán en su ciclo menstrual y que por lo tanto no podían unirseles. Permanecimos en silencio todo lo que duró la oración, y recién volvimos a hablar a un volumen muy bajo una vez que esta terminó. En ese momento me puse a conversar con Faiza, una estudiante de odontología de 19 años quien residía en Praga. La abordé en el momento que guardó una novela en su bolso, haciéndole preguntas sobre la misma. Me habló concisamente de algunas ideas de la novela y ofreció prestarme el libro, pero tuve que declinar su oferta ya que se encontraba en checo. Había recalado en ella durante la discusión grupal; llevaba puestos anteojos y vestía con un *niqab*¹⁹ y una campera, aunque el detalle que más me llamó la atención fue el cinturón notoriamente brillante que llevaba puesto, el cual parecía estar tan mal ajustado como incómodamente apretado, en tanto Faiza debía de ajustarlo cada cinco minutos. Ella era una de las pocas personas del grupo que parecía hablar tanto árabe como inglés, por lo que ayudaba con la lectura y la traducción. Le pregunté finalmente sobre sus estudios, y cómo hacía para acomodar sus horarios con la odontología, lo que me respondió un poco a las apuradas ya que se le estaba haciendo tarde para volver a casa. Para entonces había anochecido, y todos estaban yéndose en grupos de dos o tres personas. Las despedidas se dieron de la manera árabe más clásica: un abrazo y tres besos en cada mejilla.

Durante una de las visitas que hice sola por mi cuenta, al llegar a la mezquita vi a un grupo de mujeres esperando en las puertas frente a algunos autos estacionados. No pude reconocer a nadie, en gran medida por la poca iluminación. Entré a la mezquita y fui directamente a la sala de reuniones, siguiendo el camino alfombrado y el bullicio de los niños y las niñas que provenía de esa dirección. Las mujeres allí presentes inmediatamente me reconocieron, empezando por la madre de Saba y la abuela de Faiza, Fátima, quien al verme hizo un ademán de bienvenida y sonrió. Aparte de los rostros conocidos de Fátima, Saba, Faiza y Amreen, la sala se encontraba repleta de nuevas voces. Reposando sobre dos sofás, en medio de Saba y Faiza, se encontraba un par de muchachas jóvenes que no había visto nunca antes. Me llamó la atención que no tuvieran puestos pañuelos sobre sus cabezas, al punto que parecían desencajar por completo en la reunión. De mis visitas ya me había acostumbrado a verlas siempre con sus velos puestos, pero de repente aquí había dos chicas vestidas con ropa deportiva. Una de ellas tenía

¹⁷ Nota de los traductores: Oración o *salat* en farsi.

¹⁸ Nota de los traductores: Gorro en árabe y farsi. *Topi* es un tipo de *taqiyah* empleado en la región de India, Pakistán, Bangladesh. En otras regiones se denomina *kufi*.

¹⁹ Nota de los traductores: Velo en árabe.

su cabello sedoso y marrón reposando sobre los hombros, mientras que la otra portaba anteojos y llevaba el pelo corto a la altura de la nuca. Vistas una al lado de la otra, no había que ser muy intuitiva para darse cuenta que se trataban de las hijas mayores de Saba, una de ellas (en ese momento todavía no sabían quién de las dos) se encontraba estudiando en otra ciudad.

Luego del debate del día, la reunión fue interrumpida por el *salat*. Mientras estaba viendo a una de las hijas mayores de Saba usar la capucha de su campera como un velo, ajustando las correas de tal forma que le cubriera el mentón y la frente, una de las mujeres más ancianas se me acercó y me dijo algo en árabe. Me quedé pensando en qué me había querido decir, quizás estaba preguntándome por qué no estaba rezando. Entonces le respondí en inglés que no era musulmana, postrando mi cabeza, como queriendo demostrarle mis respetos de la mejor manera que podía, aún ante semejante declaración. La señora asintió sonriente y arrojó algunas palabras en árabe, de las cuales solo pude entender la mención a “Musalmaan”. Miré de reojo a la hija de Saba, quien estaba todavía arreglando su capucha/velo, y me tradujo sus palabras de esta manera: “ella espera que algún día te vuelvas musulmana porque sos una buena persona”. Sonreí e incliné nuevamente mi cabeza hacia ella en señal de humildad y consideración. Me sentí realmente deferente. Debido a su avanzada edad no podía ponerse de rodillas y volver a levantarse una y otra vez a intervalos regulares, por lo que fue a sentarse a una silla en la última fila, junto a la hija de Saba, y rezó con toda la devoción que había atesorado a lo largo de los años.

Poco después del *salat* la gente comenzó a prepararse para partir. Noté cierto revuelo a mi alrededor cuando todo el mundo empezó a acomodarse como para salir en una fotografía. Resulta que la mujer que les conté más arriba me había dirigido unas palabras, dejaba el país por algún tiempo. Mientras se acomodaba para las fotos, tomadas desde muchísimos teléfonos celulares, me invitó a unirme al grupo. Este fue un momento fugaz pero surreal, un momento en el que se puede decir que encumbré mi inserción dentro de este campo. Una vez que las fotografías fueron tomadas, la anciana comenzó a despedirse uno por uno de los allí presentes. Cuando se acercó a mí, tomó mi mano y la estrechó gentilmente mientras pronunciaba dos palabras en inglés que probablemente consideraría eran suficientes para memorizar. Las únicas dos palabras que podrían hacer resonar toda su convicción en la mente de una extraña dubitativa como yo. Las únicas dos palabras alrededor de las cuales probablemente construyó su vida entera. Con su pulgar extendido hacia arriba como un gesto complementario, volvió a repetirlas dos veces para asegurarse que yo las hubiera entendido bien: “*Islam bueno, Islam bueno*”.

Reflexiones

Un complejo entramado de pensamientos cargados de emociones han estado informando mis experiencias en el campo. Siendo una persona atea, inexorablemente tuve que deliberar y debatir acerca de mi participación en este espacio religioso. ¿De qué maneras estas deliberaciones influyeron en

mis observaciones? Una vez recuerdo que Amreen comenzó a comentarme sobre una mujer que se había convertido al islam y su experiencia al respecto. Mientras la conversación transcurría, ella me planteó una pregunta que yo ya venía anticipando desde el inicio de mi investigación:

¿A qué religión perteneces?
Mis padres son hindúes.
¿Y vos?
Todavía estoy pensándolo.
Todavía estás pensándolo. Está bien

Habiendo crecido en un hogar hindu, me volqué al agnosticismo durante mi adolescencia para finalmente volverme atea, aunque no recuerde particularmente bien la cronología de los sucesos. Solo por el hecho de ser atea no puedo desestimar o ignorar la existencia de la religión. Está sumamente presente en mi vida, y si me excusan por esta expresión irónica, es una presencia omnipotente. La concibo como un hito en la historia de las ideas, como a un oponente que no debe ser menospreciado. Su evolución es fascinante, y esto es algo que ha motivado el desarrollo de mi investigación. Como feminista, la religión también se intersecta con mi identidad de género, lo que vuelve al asunto doblemente complicado. Indagando minuciosamente durante años en textos religiosos tras textos religiosos, pude encontrar pocas referencias en la religión que le otorguen lugares de preeminencia a las mujeres. No solo por los excepcionales ejemplos de discriminación, sino porque para ponerlo en término simples, las mujeres en el discurso religioso son relegadas a un plano secundario. Pensar en la cuestión desde esta perspectiva me condujo a tratar de pensar a la gente del otro lado del espectro: los y las creyentes. ¿Qué los y las guía? ¿qué los y las motiva? Conversando con un colega hombre quien se convirtió a otra religión sin abandonar su religión original, y leyendo sobre otros investigadores quienes realizaron trabajos etnográficos con conversos, me di cuenta de cuán fácil es para los hombres entrar y salir de tales sistemas religiosos, como si se tratara de una cuestión técnica, sin que ello les genere algún otro tipo de inquietud de índole intrínsecamente personal. Como mujer, esto hubiera requerido un replanteo de aspectos muy constitutivos de mi identidad femenina, independientemente de mi adscripción política feminista. La otra opción sería no abandonarla por completo, y aún así participar de ciertos momentos de la religión (por ejemplo durante mis visitas a las reuniones de los domingos) como hacen mis interlocutoras. Esto me lleva a pensar en cuestiones de corrupción moral y hacerme preguntas éticas: ¿podría tratarse de alguna forma de abuso? La religión, reitero como una firme oponente, es un espacio sagrado. A un nivel más personal, como investigadora, se siente un poco insensato formar parte sin entusiasmo de algo tan trascendental para las personas, o persiguiendo un fin tan materialista como una investigación académica. Hasta entonces, me mantendré como una participante en el campo en tanto esto no requiere una

participación religiosa activa. Después de todo, es una de mis prerrogativas como investigadora el disputar valores personales y negociar riesgos.



Kula